

LA CARRERA DE BULGANIN

UNO de los últimos supervivientes de la Revolución rusa de 1917 acaba de morir: el mariscal Bulganin. Traspasó sin daño todos los cambios de poder, todas las dificultades de la URSS staliniana —en la que cayeron tantos viejos militantes— y siguió ascendiendo en la poststaliniana: llegó a primer ministro. Ahí su estrella comenzó a palidecer, y se extin-



guió a partir de 1958. Su nombre llevaba quince años en el olvido.

Bulganin comenzó su carrera política como chequista. Joven revolucionario surgido de las clases acomodadas, se inscribió en el Partido en 1917, el año de la Revolución, y comenzó a servirle en la Policía Secreta, en la Cheka: él mismo fundó esa Policía en su ciudad natal, Nichni Nofgorod. Tenía entonces veintidós años —nacido en 1895: ha muerto el 25 de febrero, a los setenta y nueve años— y un celo extraordinario. Allí hizo gran amistad con Lázaro Kaganovich, dos años mayor que él, pero una estrella que brillaba ya en el firmamento revolucionario: se le atribuían condiciones excelentes para la creación y organización de la industria (Kaganovich supo también sobrevivir: fue protegido de Stalin y ministro después de la muerte de Stalin). Kaganovich llevó a Bulganin con él; le sacó de la Policía para meterle en el mundo de la industria: primero, en la burocracia; luego, en la dirección de fábricas. Stalin le tomó aprecio. Cuando se diezaban las filas de los viejos militantes, Bulganin se dejaba llevar por el vacío que se creaba, y ascendía. Así llegó a ser, en 1931,

alcalde de Moscú, y en 1937, primer ministro de la República de Rusia; en 1938, vicepresidente del Gobierno de la URSS y director de la Banca Nacional.

Su carrera militar fue igualmente rápida. Stalin le convirtió en general de la noche a la mañana, sin haber ocupado jamás un puesto militar ni haber estado en campaña. Stalin le había favorecido desde el principio en consideración a sus méritos dentro de la Policía Secreta, y quería que de algún modo siguiese desempeñando ese cargo, pero en un nivel elevado: le interesaba saber lo que pensaban los generales, lo que podían llegar a hacer. Como general, fue nombrado adjunto de Jukof en 1941. Al terminar la guerra fue nombrado comisario adjunto al ministro de Defensa, que era el propio Stalin; cuando éste dejó el cargo, Bulganin fue nombrado ministro y ascendido a mariscal. Nunca había mandado tropas.

Al morir Stalin, Bulganin no perdió nada. Interesaba que algunos miembros de la época staliniana ocuparan altos cargos para evitar la sensación de un cambio de Régimen demasiado brusco y para que contuviesen a los fieles de Stalin, que podrían reaccionar. Bulganin ejerció perfectamente esas misiones y supo discernir rápidamente que en la lucha por el poder entre Krutchev y Malenkov era aquél el que tenía las grandes bazas, mientras Malenkov, a pesar de su fortaleza aparente, estaba condenado. Bulganin, por lo tanto, cultivó a Krutchev, y cuando cayó Malenkov, ocupó su puesto: primer ministro. Comenzaba a hablarse entonces del poder compartido, para borrar así la forma de dirección personal de Stalin, y Bulganin y Krutchev lo compartieron, como primer ministro uno, como secretario general del Partido el segundo. Bulganin y Krutchev formaban una excelente pareja: el aspecto paternal y bondadoso de Bulganin, la presencia oronda y divertida de Krutchev, conseguían, efectivamente, dar la sensación de que muchas cosas habían cambiado en la URSS desde la época ceñuda y dura de Stalin. No sin dar pruebas palpables de energía. En 1956, Inglaterra y Francia iniciaron la tragicómica aventura del desembarco en Egipto para recuperar el canal de Suez, nacionalizado por Nasser; inmediatamente la URSS reaccionó, y envió una durísima carta a los jefes de Gobierno de los dos países, amenazando indirectamente con la posibilidad de enviar sus cohetes atómicos contra Londres y París. La aventura de los cuerpos expedicionarios se detuvo inmediatamente. Aquella carta la firmaba el mariscal Bulganin.

Pero en el fondo, Krutchev y Bulganin se detestaban. Krutchev sabía perfectamente que estaba utilizando a Bulganin para mantener a los antiguos stalinistas; pero le iba siendo menos útil a medida que éstos perdían fuerza. Bulganin, por su parte, creía que podía borrar a Krutchev y ser el jefe único de la URSS. El enfrentamiento se produjo en junio de 1957, en el seno del Presidium. Bulganin estaba seguro de tener la mayoría, y pidió que Krutchev fuese destituido. Tenía, en efecto, mayoría suficiente. Se comprobaron los votos, y Bulganin pudo decirle a Krutchev: «Somos siete y ustedes son cuatro. Y como siete son más que cuatro...». Krutchev no le dejó terminar. Replicó: «Eso será en matemáticas, pero no en política». Inmediatamente convocó al Comité Central del Partido —se cuenta que incluso algunos miembros enfermos fueron llevados a votar y otros fueron llamados ur-

gentemente para que suspendieran viajes que estaban realizando—, y el Comité Central apoyó enteramente a Krutchev. Los siete votantes contrarios del Presidium fueron denominados «grupo antipartido» y separados —no bruscamente, sino poco a poco— de sus puestos. Bulganin aún permaneció nueve meses como primer ministro, pero sin ninguna autoridad verdadera. En marzo de 1958 dejó su puesto para ocupar un cargo económico-industrial; luego fue excluido del Comité Central, y finalmente desapareció en el retiro y en el olvido, aunque a veces se le veía aparecer, como un fantasma del pasado, en algunas reuniones oficiales.

Su muerte ha tenido muy escasa resonancia en los periódicos soviéticos. Tampoco la tuvo, como se sabe, la de su antiguo compañero en el tándem «B y K», Krutchev, que más tarde le fulminaría. ■



Bulganin estrecha la mano de sir Anthony Eden. Al fondo, Krutchev.